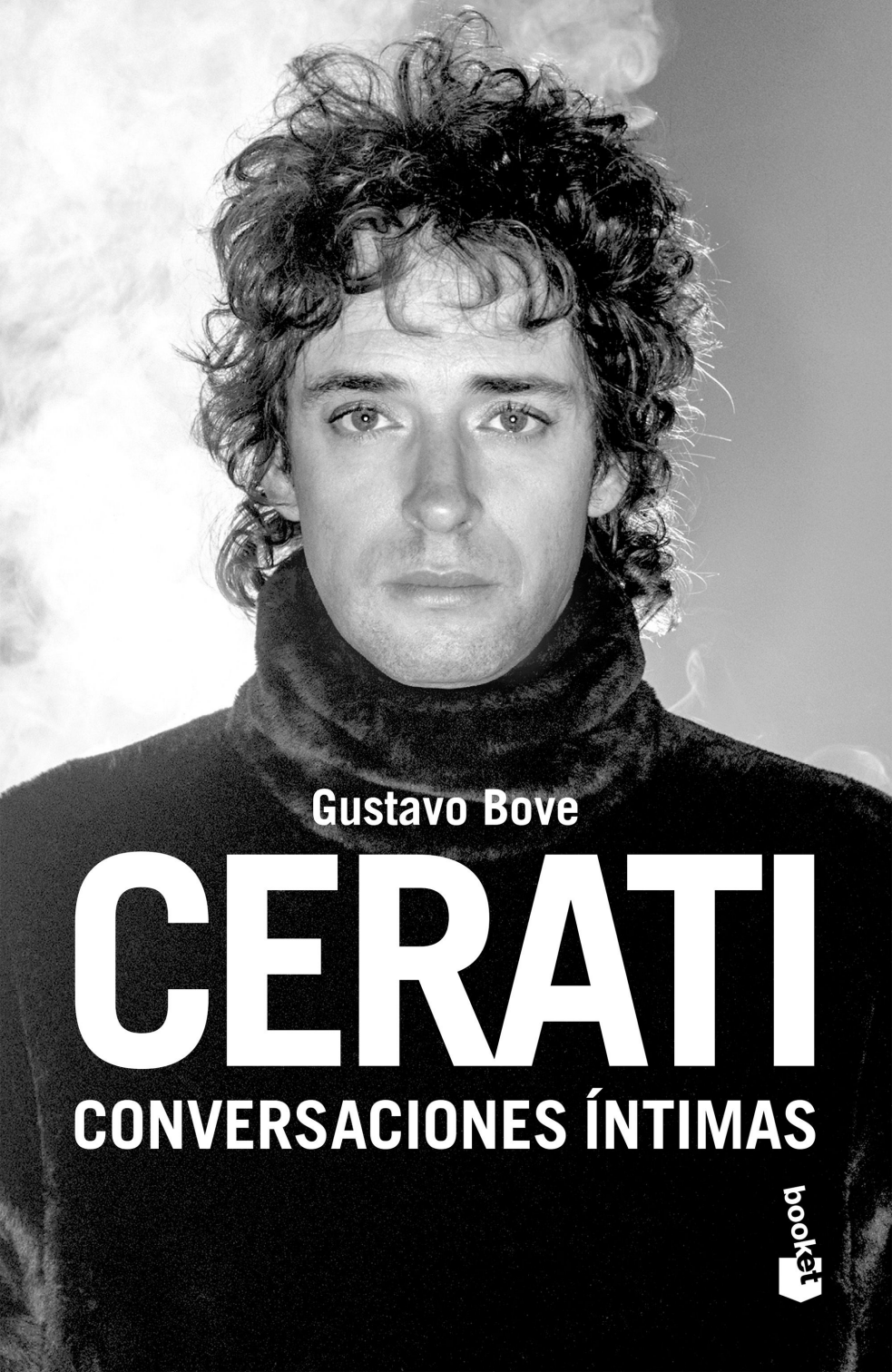


A black and white portrait of a man with dark, curly hair, looking directly at the camera. He is wearing a dark, high-collared turtleneck sweater. The background is a light, textured surface.

Gustavo Bove

CERATI

CONVERSACIONES ÍNTIMAS

booket

Gustavo Bove
Cerati
Conversaciones íntimas

Edición definitiva



PUENTE

INTRODUCCIÓN GUSTAVO BOVE

Me resulta imposible precisar la fecha o las circunstancias exactas en que conocí a Gustavo Cerati. Seguro fue a mediados de los 80. Por aquellos años, Soda Stereo era un simple embrión de ese monstruo de tres cabezas que terminaría siendo cuando la mencionada década bajara su persiana.

Al cerrar los ojos, me transporto en el tiempo y mis recuerdos de Gustavo se iluminan con los neones de discotecas como Airport, en avenida Cabildo casi General Paz, Freedom, un primer piso de avenida Del Libertador y los destellos elegantes que disparaba la maqueta gigante de la ciudad de Nueva York, que se levantaba en el fondo de, justamente, el boliche New York City, en Álvarez Thomas y Elcano. Allí fue donde Soda presentó el videoclip de “La ciudad de la furia” ante la presencia de nada menos que Charly García.

Entre volutas de humo, se me aparecen las escaleras que tantas veces bajé para entrar en el Zero Bar, frente al Zoológico, sobre República de la India, a veinte metros de la avenida Las Heras. O el olor a cable quemado que perfumaba cada rincón de La Esquina del Sol, cuando Palermo era sinónimo de bodegones, de Zona Roja, de *dealers*, de poetas malditos... Nadie hubiera imaginado

(créanme, ni por asomo) que ese barrio terminaría ilustrando un boom inmobiliario, con pretenciosas divisiones geográficas como Hollywood, Soho o Queens.

La Capilla, el recinto de Suipacha y avenida Córdoba, de pronto se convertía en el punto de reunión del ambiente rockero. Todo comenzaba en un largo pasillo, que conectaba con un patio al aire libre, mientras que en el fondo se dibujaba la sala de conciertos, donde no cabían más de 300 personas, con un escenario de proporciones tan diminutas que las bandas debían optimizar su ingenio al máximo para armar su set sobre el tablado. Más allá de cruzarnos sistemáticamente en todos los lugares antes mencionados, La Capilla ofreció de escenografía para uno de los tantos recuerdos entrañables que guardo de Gustavo.

El verano del 87 había extendido su clima, y un caluroso sábado de abril, Fricción presentaba su nueva formación, con Roly Ureta en guitarra y el ex Los Twist, Gonzo Palacios, en saxo. Como todo epicentro de rock que tomaba vuelo en los 80, La Capilla estaba bajo la lupa de la policía por las causas de siempre: ruidos molestos, a lo que, esta vez, se le sumaba “distribución y consumo de drogas”. En sintonía con su mote de ser “el grupo que había que ver”, Richard Coleman y los suyos tenían como seguidores a algunas de las flamantes estrellas del rock vernáculo. Así, entre el público, además de la plana mayor de la prensa especializada de la época, esa noche se pudo ver a Federico Moura, a Cachorro López y, obviamente, a Gustavo, impulsor y colaborador permanente de Fricción. En un operativo sin precedentes en tiempos de democracia, por orden de un fiscal, la policía cercó la cuadra donde estaba ubicada La Capilla y arrestó a todo aquel que no trajera consigo documentos o proyectara

una “imagen sospechosa”. Hasta el Bahiano (entonces cantante de El Signo, cuando aún Los Pericos era una broma de su verdadero fundador, el bajista Alejandro “Perico” Zárate) fue subido a un patrullero sin motivo, solo por estar parado en la esquina del lugar. Fricción comenzó su concierto y, al tercer tema, “Prisión emocional” (¡ni que lo hubieran planeado!), los uniformados ingresaron pateando las puertas del salón, asaltaron intempestivamente los baños, cortaron el sonido de la banda y encendieron las luces. Yo, que me había acomodado sobre una tarima detrás de la consola de audio, clavé la vista en Gustavo, quien, con uno de sus gestos característicos (mirada fruncida, sin pestañear), pareció decirme: “Estamos hasta las bolas”. Mientras salíamos a los empujones, desde el patio, divisé la entrada principal y vi cómo, uno por uno, los concurrentes iban llenando los ómnibus policiales. Entonces, lo agarré a Gustavo del hombro y desde atrás le rogué: “¡Sacame de esta que mi viejo me mata!”. Allí, interceptamos a Jorge Brunelli (por entonces mánager de Fricción y jefe de prensa de Ohanian Producciones), quien intervino ante el pedido de Gustavo y me incluyó dentro del pelotón de técnicos que estaban sacando los equipos de sonido del lugar. Mientras mi mano se elevaba con el fin de agradecer, saludar a la distancia a Gustavo, y mis pies daban el último paso hacia la liberación, en el umbral del local, un policía de abdomen prominente tiró de mi camisa new wave hacia atrás, me arrinconó contra la pared y me subió a un vehículo antiasalto, donde, sentado en la última fila, estaba Coleman, que me miró y dio un grito del que nunca pude descifrar su significado. Pasé la noche en la Comisaría 15 de Suipacha y Santa Fe solo por ser menor de edad. Apoyado en una reja de la seccional, podía

imaginarme la inclemente reprimenda de mis padres pero, al mejor estilo *Quadrophenia* –cuando Phil Daniels (Jimmy) cae preso con Sting (Ace Face) en Brighton–, sentía que todo estaba bien porque compartía cautiverio con Richard Coleman y, lo más importante, Gustavo Cerati había intentado rescatarme. Desde aquel episodio, que marcó el cierre definitivo de La Capilla (años más tarde, Alejandro Taranto la reabrirla sin éxito), empezó una gran amistad –que sigue hasta hoy– con Richard, aunque él se niegue rotundamente a recordar aquella tumultuosa velada.

Increíblemente, y contra lo que puedan llegar a imaginar por obvias razones, mis memorias del Gustavo de los 80 están más asociadas a Alfredo Lois que a Zeta y a Charly. Mi percepción adolescente me decía que Gustavo prestaba especial atención a las ideas de quien, con el tiempo, sería recordado como el cuarto Soda. Alfredito fumaba mucho, muchísimo (no creo haberlo visto nunca sin un cigarrillo en la mano e irradiando olor a tabaco), y siempre me murmuraba por lo bajo: “Gustavo es un genio pero aún no se da cuenta”. Poco tiempo más tarde y alentado por su padre, Juan José Cerati, Gustavo finalmente caería en la cuenta de su magia como artista. Al señor Cerati lo vi solo una vez en mi vida. Después del contundente concierto que Soda había ofrecido en el estadio de Vélez Sarsfield para presentar *Canción animal*, yo estaba en la antesala a camarines con mis amigos de El Signo (Ossie Forbes, Leo y Gastón Satragno) cuando Juan José se acercó a saludar y al segundo se marchó. “Voy a ver el tema de la recaudación”, espetó a manera de despedida y como pidiendo disculpas por no detenerse a charlar. Todos sabíamos que el hombre estaba muy enfermo y recuerdo haber reflexionado: “¡Qué

energía la de este tipo! ¡Se está muriendo y no deja de vigilar los intereses de su hijo!”.

Precisamente, para mí, los 90 dieron su puntapié inicial con *Canción animal* y, ya convertido en una megafigura de México para abajo, Gustavo empezó a lucir un vestuario que me impactaba. Por entonces, él estaba de novio con una chica llamada Paola Antonucci. (De hecho, los leones apareándose que ilustran la portada de *Canción animal* representan una analogía de su instintiva relación de pareja.) Ella había ideado una línea de indumentaria a la cual bautizó Mickey Soda. Camisas a lunares, chalequitos multicolores y pantalones oxford eran algunos de los atuendos sixties que la Cerati *girl* aportó a la imagen del trío y que protagonizaron el video de “De música ligera”, las fotos de prensa y el vestuario de *Gira Animal*. Si bien este despliegue de psicodelia me resultaba simpático y acorde al momento estético de Soda Stereo, la ropa que Gustavo peló unos meses más tarde me cautivó definitivamente. Por aquellos días, no era tan fácil viajar a Londres, pero un amigo de la banda y personalidad de la noche porteña, Peta Rivero, provenía de una familia acomodada y había inaugurado un local donde vendía atuendos que traía de sus tantos periplos por Inglaterra. La tienda estaba ubicada en el barrio de Belgrano, en la entrada de una galería situada en la avenida Federico Lacroze, más precisamente, al lado de donde funcionaba Shams, pub legendario por el cual pasaban artistas ochenteros de todos los estilos, desde Marilina Ross y Sandra Mihanovich hasta Miguel Mateos/Zas y los Suéter de Miguel Zavaleta, por citar un puñado. En las vidrieras de su negocio, Peta ponía al alcance —de quien pudiera pagarlas— las prendas que en todo el Reino Unido

eran furor gracias al éxito de estandartes de la movida Manchester como Happy Mondays, Stone Roses, Inspiral Carpets, etc. Obviamente, Gustavo era el más célebre cliente de Peta. En cada salida nocturna, evento social o aparición televisiva, Gustavo lucía buzos, remeras, canguros y gorras que potenciaban su ya cautivante personalidad a niveles galácticos... Parecía que había brotado de The Hacienda (la disco top de Manchester) más que de Morocco, El Dorado o El Cielo, las discotecas porteñas que solía caminar por aquellos días, siempre cerca de su compinche, Daniel Melero. Justamente, *Colores santos* comenzó a gestarse en esas salidas nocturnas. Sé que muchos actores del círculo de Soda Stereo me van a odiar por esta mirada pero, desde mi posición de espectador cercano, me atrevo a asegurar que nunca contemplé a un artista influenciar tanto a otro como lo hizo Melero con Gustavo. Esto se trasluce nítidamente en la manera de cantar que adoptó Gustavo y terminó por solidificarse en *Colores santos*, uno de los discos más inspirados que se produjeron en esta punta del planeta. Esa obra de tintes electrónicos significó el corolario de una simbiosis única entre ambos. Se debía afilar mucho la oreja para adivinar dónde empezaba uno y terminaba el otro en “Vuelta por el universo”, “Pudo ser” y “Tu medicina”, entre las gemas que le daban cuerpo al álbum. Yo, gran fanático de Los Encargados y de todo lo que hiciera Daniel, estaba tan prendado de ese trabajo que cada vez que charlaba con Gustavo se lo mencionaba. Una noche en El Ángel (boliche levantado donde funcionaba el cine Los Ángeles), Gustavo se cansó de que le hablara de *Colores santos* y, en la barra de tragos, me increpó: “¿Sabés que hice seis discos además de *Colores santos*, no!?”... Si se lo proponía, Gustavo podía

ser muy ácido. Nunca más se lo volví a nombrar. Tuvieron que pasar siete años para que volviéramos a referirnos a esas canciones y fue en el marco del primero de los varios encuentros que justifican este libro.

En esa primera mitad de los 90, se habían derribado los muros que dividían al rock de la música facturada con máquinas. El resultado de ello fue la proliferación de gran cantidad de bandas con sonidos novedosos alrededor del mundo. Internet ni siquiera figuraba en el vocabulario y todo aquel que manejara información acerca de “lo nuevo” se convertía automáticamente en embajador de la vanguardia. Y Gustavo definitivamente lo era. Fue allí donde comenzamos a pasarnos música nueva, especialmente británica. Gustavo llevaba a flor de piel sus dotes de gran melómano y, como tal, solía gastar gran cantidad de dinero en discos importados, esos que en las listas de lanzamientos de las discográficas nacionales no figuraban ni por azar. Tengo muy presente el día en que estábamos conversando acerca de los grupos más interesantes que iban asomando la cabeza y él me avisó: “Tenés que escuchar esto”. Inmediatamente, me pasó *Spooky*, la ópera prima de Lush, un conjunto inglés de sonido *shoegazing* que facturaba grandes melodías. Eso, sumado a My Bloody Valentine y artistas de esa corriente, iluminó la ruta para uno de los mejores trabajos de Soda Stereo: *Dynamo*. Injustamente opacado por la contundencia de *Canción animal*, ese disco atesora algunas de las mejores canciones de la pluma ceratiana. Así, “Primavera 0”, “Luna roja”, “Fue” y, especialmente, “En remolinos” son composiciones que documentan la quintaescencia de su inspiración.

Gustavo fue un poeta inigualable, finísimo. Nunca me cansaré de apuntarlo. Sin embargo, su actitud me obligaba a

deducir que nunca se tomó muy en serio como letrista, pero de su boca han brotado los versos más bellos y movilizadores que escuché en mi vida. La sensualidad de su voz, también, potenciaba su prosa. Entonces, sin temor al debate, quiero dejar escrito que Gustavo es el único compositor que puede sentarse a la mesa de Luis Alberto Spinetta, Litto Nebbia y Charly García. Dicho esto, ya podría cerrar esta introducción y dejar que disfruten de sus pensamientos, condensados en tres entrevistas seleccionadas de las tantas que conforman mi archivo. Obviamente, en cada rincón de mi corazón, atesoro miles de momentos compartidos: conciertos que presenciamos codo a codo, cumpleaños de amigos donde nos perdíamos en charlas trasnochadas, los abrazos que afloraban cada vez que me infiltraba a los camarines para saludarlo luego de sus shows o el sushi a las apuradas que saboreábamos en el VIP de algún festival como Pepsi Music, Quilmes Rock, Personal Fest o el que fuera... Precisamente, en uno de esos tantos encuentros nació la idea de este libro. Para ser más exacto, habíamos arreglado juntarnos tres noches en su casa y charlar a destajo de su historia personal y musical. Desencuentros ligados al cansancio que le aparejó el repentino éxito solista de *Ahí vamos*, el desborde emocional del regreso de Soda Stereo, su reclusión tras dicho fenómeno y la energía que volcó en la gestación de *Fuerza natural*, conspiraron contra el ejemplar que hoy tienen en sus manos. Mientras Gustavo estaba internado en el Sanatorio Alcla, pensé seriamente en abocarme a este trabajo, pero sentía que era un acto oportunista, artero. Por otro lado, escuchaba las cintas con su voz y me apoderaba una profunda angustia, la cual se prolongaba por varios días. Los casetes con nuestras conversaciones durmieron durante varios años sobre mi escritorio, de la misma forma que

él lo hacía en ese cuarto de terapia intensiva, esperando el milagro. Yo era bastante objetivo en cuanto a su complicado cuadro clínico pero, simultáneamente, mi fe alimentaba la esperanza de que algún día despertase y me dijera: “Bueno, ahora sí, hagamos el libro”. Finalmente, la crudeza de la realidad nos ganó la pulseada.

El miércoles 10 de septiembre del 2014, seis días después de su paso definitivo a la eternidad, me puse a caminar por Federico Lacroze y, sin planearlo, me hallé frente al Cementerio de Chacarita. Con el mismo impulso con el que llegué hasta allí, compré una rosa, ingresé al primer piso del Panteón de La Merced y se la dejé en el cuadrado donde descansa. Ahí me quedé parado por un largo rato. Me acompañaba una quietud intimidante, pero de una profunda paz. Lo más parecido al silencio después de la tormenta. Frente a sus restos, mientras mi cabeza proyectaba, cual diapositiva, los espacios de tiempo que me tocó compartir en su presencia, llegué a la conclusión de que hubo un ítem que se replicó en cada uno de nuestros encuentros: un abrazo. No pretendo sonar esotérico, pero imaginé que nos abrazábamos de vuelta e interiormente sentí una aprobación, un OK. Ese mismo día comencé a escribir este libro. En las horas posteriores a su partida, o la misma noche en que lo fui a despedir a la Legislatura Porteña, escuché muchas definiciones acerca de su figura humana y artística. Todos los discursos de quienes lo conocieron, por más sentidos o diferentes que sean, replicaban la idea de la luz que irradió Gustavo Cerati en cada uno de sus fanáticos, conocidos, amigos, familiares o colegas... Iluminación, sensaciones, sentimientos, momentos, recuerdos...

Gus, finalmente pudimos hacer el libro. Espero que te guste. ¡Un abrazo!

